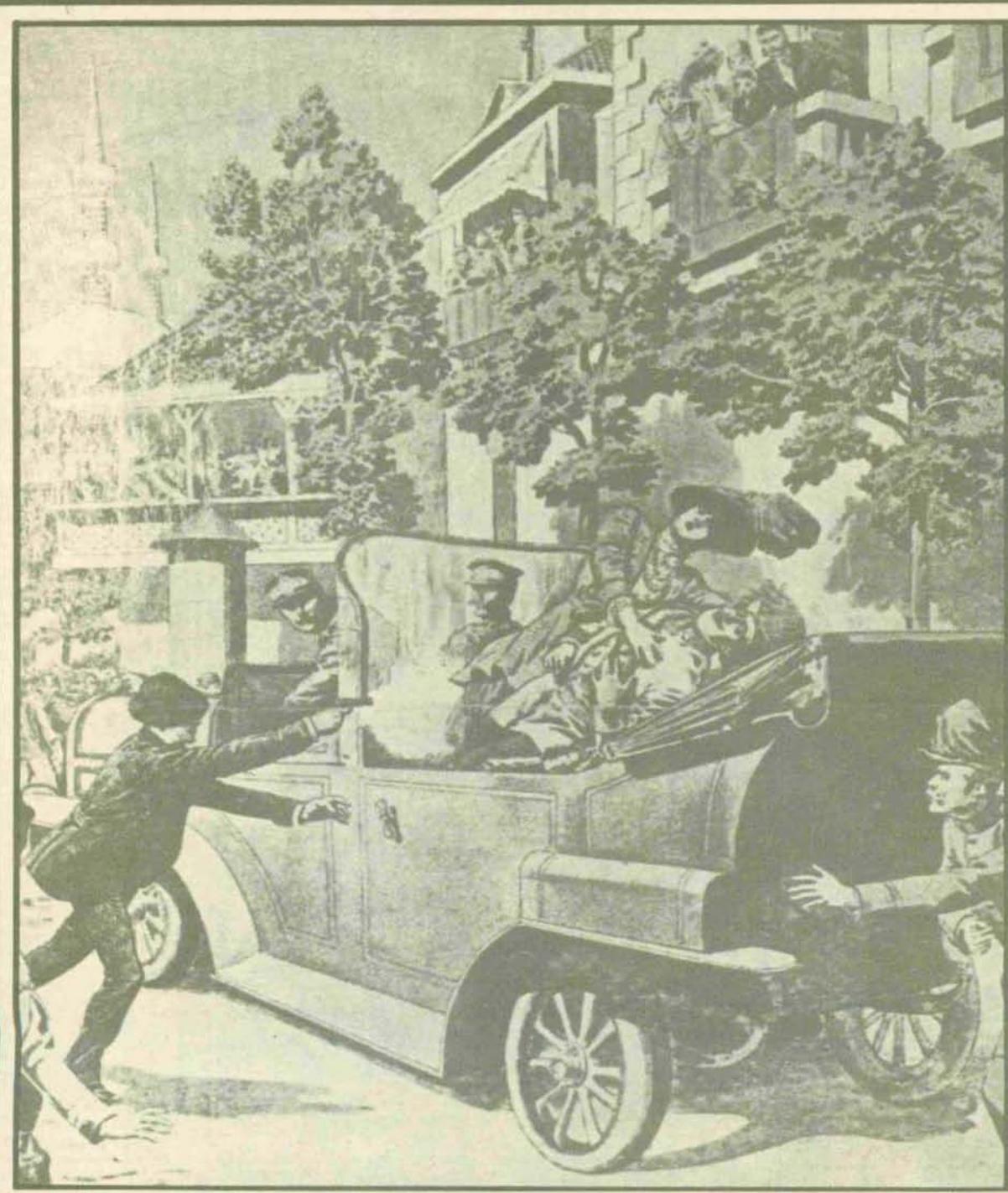


Noviembre de 1918:

# Europa entre la guerra y la revolución



José María Solé Mariño

**M**IL cuatrocientos días de guerra. Casi nueve millones de muertos. Más de veinte millones de heridos, muchos de ellos irrecuperables. Utilización de nuevos métodos de muerte: las trincheras y los gases asfixiantes. El día 11 de noviembre de 1918 se firma el armisticio que pone fin a la primera guerra mundial. Es definitivamente el final de un mundo. Un mundo que para muchos significó el punto más alto de cultura, bienestar y tranquilidad material y espiritual, mientras que para la mayoría no fue más que una época que institucionalizó la explotación más vergonzosa y la hipocresía más sutil como formas de vida y organización social. Noviembre de 1918 es, pues, una fecha clave. Desaparece aquel mundo acerca del cual Winston Churchill escribió que «en su ocaso era bello de vivir», y en su lugar comienzan a reinar la inseguridad y el miedo. A finales de 1918, Europa arde en revolución. De todos los focos que estallan sobre el continente, solamente la rusa se mantendrá con vida. La aparente paz que se disfruta no es más que el telón de fondo para toda la serie de preparativos necesarios para otra guerra. Veinte años de Historia de Europa observarán las sucesivas convulsiones que acabarán por conducirla, una vez más, al incendio de otra contienda general.

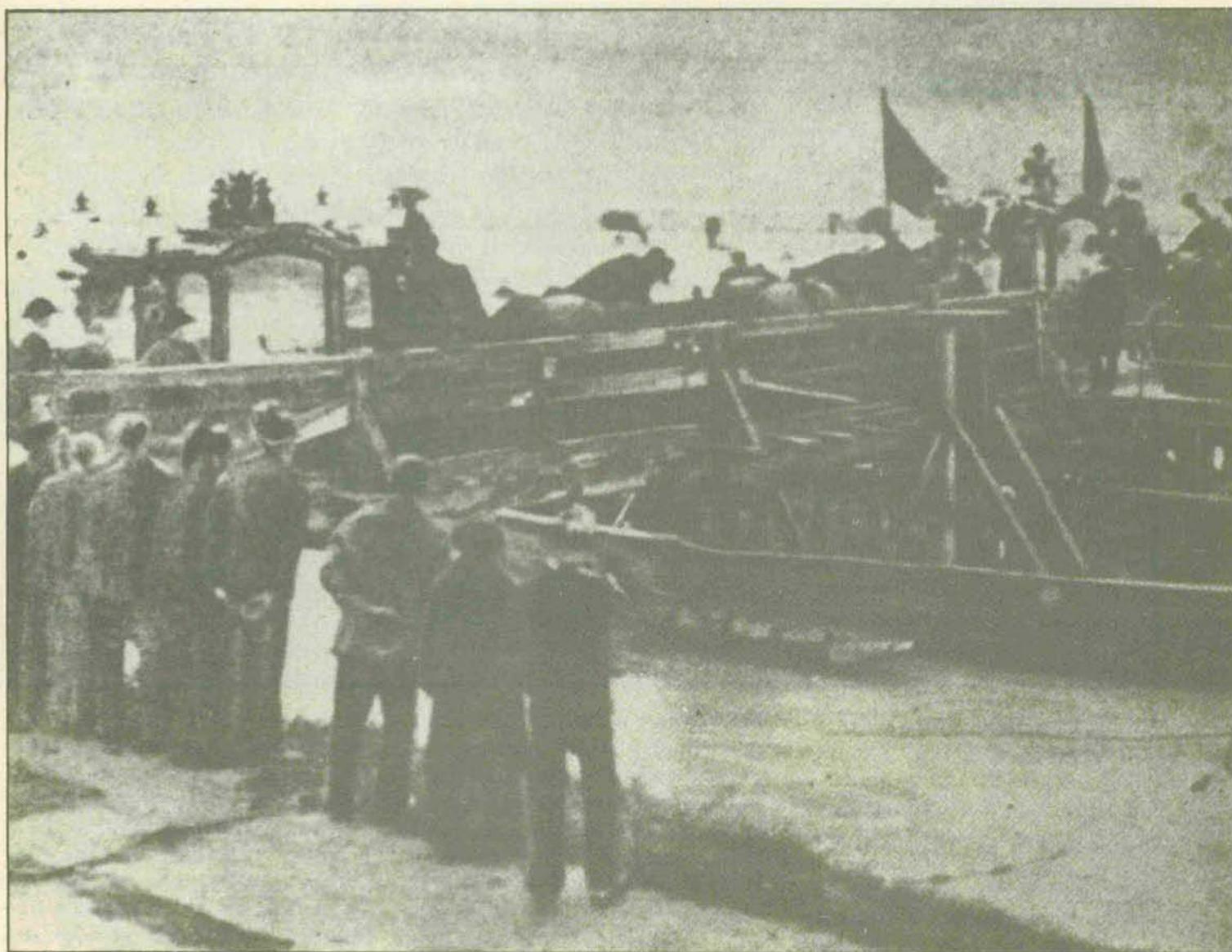
## REVOLUCION EN ALEMANIA

En 1917, el káiser Guillermo II había anunciado que no conocía ni izquierdas ni derechas, sino solamente a patriotas alemanes. Pero de hecho, durante los cuatro años largos de guerra, el jefe supremo de los ejércitos, el mariscal Luddendorf, había establecido en el país una verdadera dictadura militar de carácter reaccionario, que solamente en los últimos meses, y en previsión de la derrota, fue abriendo paso a los partidos políticos, hasta entonces apartados de los centros de decisión. A principios de noviembre de 1918, el Ejército alemán controla todavía la totalidad del territorio nacional y ocupa más de la mitad de la extensión de Bélgica. Por eso precisamente sorprende al pueblo alemán el anuncio del armisticio solicitado por el Gobierno a los aliados, lo que viene a representar la derrota sin condiciones. Los altos mandos militares, encabezados por Luddendorf y Hindenburg, quisieron que fuese

un Gobierno civil el que solicitase el armisticio para que el prestigio del Ejército quedase a salvo. Los aparentes éxitos militares no respondían a una realidad exacta. El derrumbamiento del potente Ejército era solamente cuestión de semanas. El Gobierno formado por el príncipe Max de Baden, formado bajo presión del Alto Estado Mayor, cargará así con las responsabilidades y a partir de este momento nacerá la falsa leyenda de la **puñalada por la espalda** asestada al heroico Ejército alemán por la clase política.

Pocos días antes, la insurrección había prendido entre los marinos del puerto de Kiel, que se negaban a marchar al combate. La rebelión se extiende al Ejército, lo que hace que la oficialidad pierda el control de la tropa mientras comienzan a formarse los primeros consejos o **soviets** de marinos y soldados, a los que se unían en seguida los obreros. La revolución recorre Alemania, desde los puertos militares del Báltico y del Mar del Norte hasta Berlín

y Baviera. Los cabecillas comunistas de extrema izquierda, los **espartaquistas**, que persiguen la idea de la implantación de un Estado proletario, partiendo del sistema burgués caído y aprovechando las circunstancias del momento que parecen propiciar el cambio, dominan los consejos de soldados y marinos, que por ello alcanzan una mayor radicalización. Los consejos de obreros, sin embargo, están en manos de la socialdemocracia mayoritaria en el **Reichstag**, por lo que la fusión de unos y otros habría de conducir finalmente al control de la mayor parte del movimiento revolucionario por parte del Gobierno. A mediados de noviembre, la paz, primera reivindicación de los revolucionarios, es sustituida, una vez firmado el armisticio, por exigencias sociales y políticas, entre las que destaca la abdicación del emperador. Guillermo II se niega en un principio, pero debido a la situación se ve obligado a ceder y marcha del país para acogerse a la hospitalidad holandesa. Al caer el Im-



perio, Max de Baden renuncia a su cargo de canciller y es sucedido en el cargo por el socialdemócrata Ebert, para quien la mayor preocupación estriba en debilitar la revolución y evitar que ésta caiga en manos de los comunistas, que en algunos momentos parecen estar a punto de acceder al poder apoyándose en las masas. Pero a pesar de la gran influencia de los **espartaquistas**, la mayor parte de la clase obrera alemana continúa siendo fiel a la socialdemocracia, que ya hacía años que había escogido el camino del reformismo abandonando la senda revolucionaria, a la que el propio Ebert temía más **que a nada**. Los mismos socialistas, como harán sus correligionarios austriacos, serán los

últimos en aceptar la proclamación de la República —que alzará a Ebert hasta la Presidencia— y harán todo lo posible por la perduración del sistema imperial asentados ahora sobre bases democráticas. Pero van a ser rebasados por los acontecimientos y a la hora del vacío estarán solos sobre la cresta de la ola, llevando a demás sobre sus espaldas la injustificada culpa de haber traicionado al Ejército, espejo en el que se miran todos los alemanes.

A fines del año dieciocho, las promesas del Gobierno sobre mejoras en las condiciones de vida del proletariado no obtienen los resultados previstos, y una fracción importante de los consejos no consigue ser domi-

nada por los socialdemócratas, por lo cual el Ejército, enviado por el Gobierno, se ve obligado a enfrentarse a las manifestaciones comunistas que diariamente imponen su ley en las calles. El Gobierno socialdemócrata, al aplastar la revolución adopta decididamente el partido de las clases más conservadoras de Alemania y la extrema derecha se coloca definitivamente enfrente de los poderes constituidos. Para los primeros días de febrero de 1919 está anunciada la apertura de la Asamblea Nacional que habrá de redactar la nueva Constitución que rija la vida de la nueva República. Las sesiones tendrán lugar en **Weimar, ya que** Berlín en esos momentos no es más que un campo de batalla.

En el verano de 1914, la muerte del Archiduque de Austria, en Sarajevo, constituye el detonante que va a dar principio a la Primera Guerra Mundial. (En la fotografía, los sarcófagos del archiduque Francisco Fernando y de su esposa, trasladados a Austria desde Bosnia, a través de un puente de barcas).

y a las pocas semanas desaparecen los focos revolucionarios en todo el territorio alemán.

### EL CASO DE BAVIERA: LA CRISIS DEL FEDERALISMO

El día 8 de noviembre había sido proclamada la República en Munich, con anterioridad pues al cambio de régimen en Berlín. El movimiento revolucionario bávaro, además de los componentes socioeconómicos que toda conmoción de esta clase conlleva, tiene una especial significación y unos fines concretos: lograr la separación de Baviera del Imperio alemán. La fragilidad del gran montaje político ideado por Bismark se evidencia aquí de la forma más palpable. Encabezada por Kurt Eisner, socialista utópico, la recién nacida República bávara cuenta con el apoyo de la burguesía católica, deseosa de sacudirse del predominio de la Prusia lejana y protestante. Es

La gran huelga general revolucionaria ha comenzado el día 6 de enero. El levantamiento espartaquista coincide con ella. Los enfrentamientos arrojan sangrientos saldos de víctimas, y la reacción no tarda en llegar. Los muertos ascienden a varios millares. La mayor parte de ellos debido a la acción de la policía y las fuerzas militares. Rosa Luxemburgo, la teórica del marxismo, y el ex diputado Karl Liebknecht, cabecillas del movimiento **espartaquista**, son asesinados en un parque público por oficiales de la derecha, después de haber sido sacados de la prisión donde se encontraban arrestados. Este es el momento culminante de la revolución. A partir de aquí, el movimiento cede en intensidad



El príncipe heredero de Baden forma gobierno en Alemania cuando el desastre en la guerra es inminente y los militares se retiran del poder. (Retrato del príncipe Max de Baden, último Canciller del Imperio).

el momento de la gran crisis del federalismo alemán, y la oportunidad de crear un Estado progresista pero no revolucionario en el corazón de Europa. Pero en febrero de 1919, Eisner será asesinado en la calle por un aristócrata extremista de derecha y la situación se radicaliza. Los consejos de obreros y soldados rompen la alianza con las clases burguesas y las masas toman el poder. Mientras el escritor Heinrich Mann pronuncia el elogio fúnebre del idealista que fue Eisner, se proclama la República Soviética de Baviera, precursora de la húngara, y nacida como ella por el ejemplo de Rusia. Los desmanes de los nuevos dirigentes y su inexperiencia política —un poeta, Toller, es nombrado jefe del Ejército— deciden al Gobierno de Berlín a intervenir de forma definitiva. La socialde-

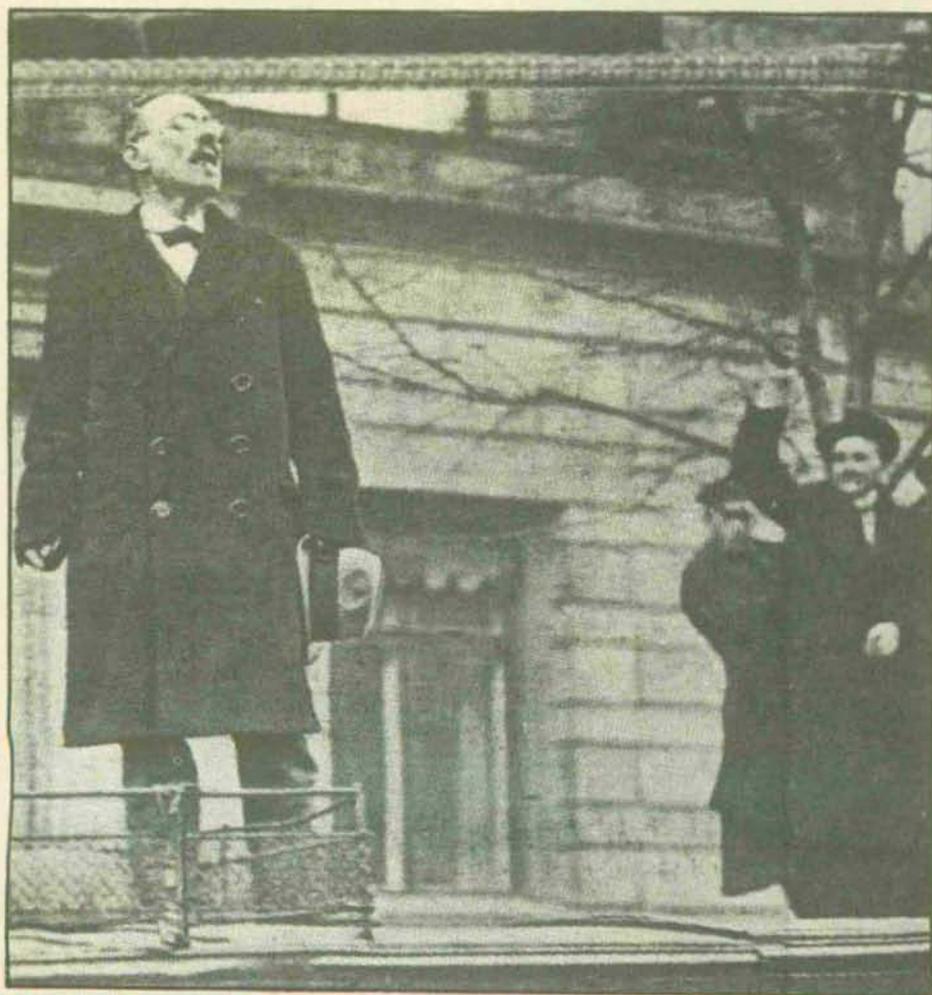
mocracia, que de acuerdo con las clases dominantes ha aplastado la revolución en el resto del país, se unirá ahora a las peticiones de ayuda de la burguesía bávara, atemorizada ante el cariz que toman los acontecimientos. La represión que sigue a la entrada de las tropas del Gobierno en Munich es espantosa y a partir de ese momento, con sus organizaciones obreras extremadamente debilitadas, la capital de Baviera se convertirá en el centro de todos los movimientos reaccionarios nacidos en Alemania y enfrentados al Gobierno constitucional de la República.

Los acontecimientos del invierno de 1918-19 tendrán como consecuencia principal la definitiva toma de posición de los distintos niveles de las clases medias alemanas acerca del peligro bolchevique. El te-

mor que éste les produce y la terminante decisión de oponerse a él con todas sus fuerzas determinarán en los años siguientes la aparición y el ascenso del nazismo, considerado como barrera anticomunista por una buena parte de los niveles medios y altos de la sociedad alemana. Durante las jornadas revolucionarias de Munich, un cabo que había resultado herido por gases durante la guerra se recuperaba en el hospital militar. La enfebrecida mente de Adolf Hitler comienza a desarrollar la idea de evitar en el futuro la repetición de acontecimientos como aquéllos. El nazismo está en marcha.

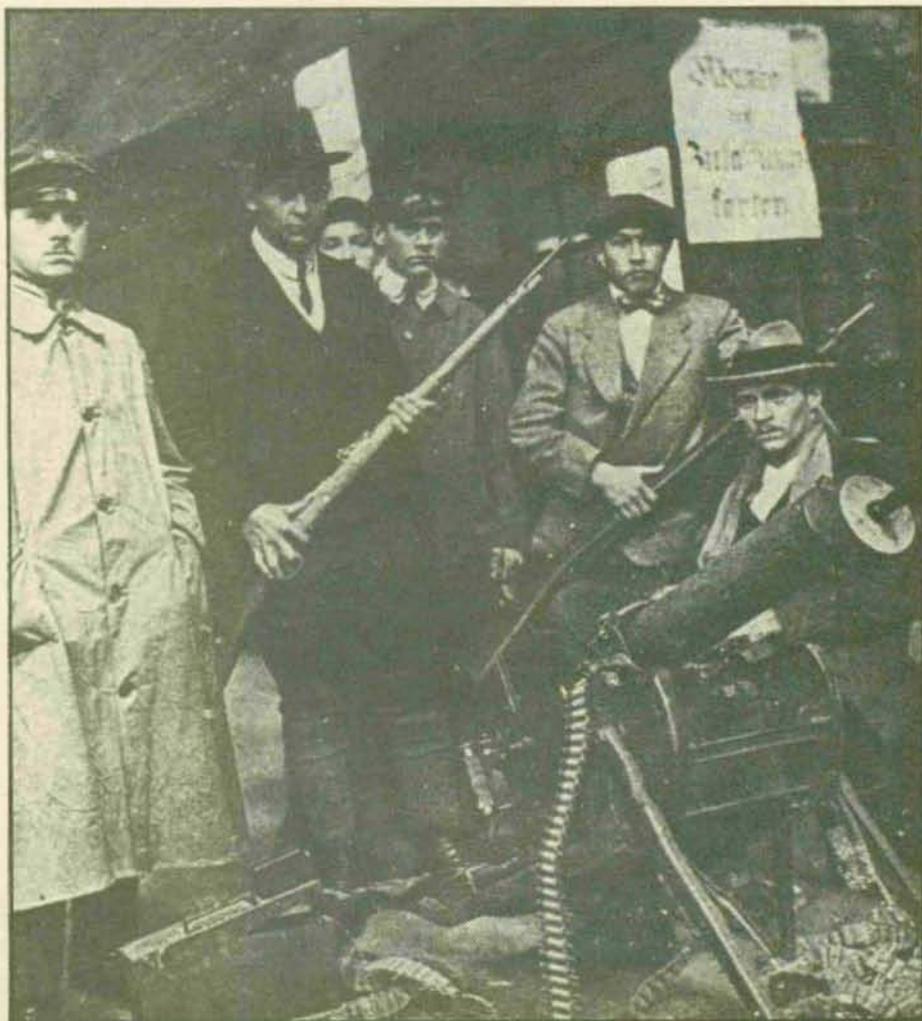
### LA CUNA DEL FASCISMO

La firma del armisticio italo-austríaco el día 4 de noviembre, únicamente sirve a la destrozada Italia como apoyo moral, pero no va a solucionar los graves problemas contraídos por el país durante la guerra que ha causado centenares de muertos italianos y más de medio millón de heridos, además de las enormes deudas contraídas con los gobiernos anglosajones. En las conferencias de paz, Italia será tratada injustamente en sus reivindicaciones territoriales. Poco partidaria de entrar en la contienda, Italia decide su intervención ya en abril de 1915, y tras el desastre económico que sigue a la victoria, el país sufre una de las convulsiones sociales más fuertes que en esos días se suceden en el continente. A la baja del rendimiento industrial en las zonas del Norte, las fuerzas proletarias hacen frente a la amenaza de la inflación y del paro por medio de movimientos revolucionarios similares a los de Rusia, faro y guía en aquel momento del proletariado europeo, que había sido la capa social que había sufrido con más dureza las consecuencias de la guerra, tanto desde un punto de vista humano como material. En Italia,



Karl Liebknecht —en la foto— es, junto con Rosa Luxemburgo, el máximo líder del movimiento espartaquista, que durante los meses que siguen al final de la guerra dirige los grandes movimientos obreros en la Alemania derrotada.

paralelamente a las huelgas que se suceden en los centros industriales, los campesinos del Sur realizan por su cuenta una especie de reparto de tierras. El temor de las clases dominantes, la aristocracia terrateniente, la alta burguesía y los grandes industriales, es la posible unión de estas dos fuerzas desatadas en revolución. La alianza de obreros y campesinos hubiera podido crear en Italia una situación no muy diferente de la que derribó al régimen zarista el año anterior. Centrándonos en la Europa occidental, lo que diferencia el caso italiano del alemán es la inexistencia en la península de grupos de ataque de la extrema izquierda, equiparables a los **espartaquistas**. Y esa razón fue principalmente la que impidió la extensión y la profundización del movimiento revolucionario. La revolución contaba en Italia con muchos factores a su favor, pero le faltó uno decisivo: el empuje. Tampoco el tiempo ayudó a los revolucionarios italianos. Inmediatamente después de finalizada la guerra, los países occidentales intentaron por todos los medios apartar el peligro de nuevas Rusias, ya que los ejemplos de Petrogrado, Munich, Berlín y Budapest fueron suficientes para hacerles adoptar una firme oposición en contra de cualquier revolución naciente. Benito Mussolini, antiguo miembro del partido socialista, ya por los meses finales de 1918 escribe furibundos artículos en periódicos de extrema derecha. Poco tiempo ha de pasar hasta que consiga reunir a su lado a los **despechados**, a los marginados sociales y a los idealistas frustrados que, formados en bandas armadas, terminarán siendo financiados por los grandes industriales, que las utilizarán como freno a los excesos de la izquierda. Tras haber impuesto su ley en las calles, menos de cinco años más tarde, el acceso de los fascistas al po-



Las milicias populares se adueñan del poder en Munich durante la República Soviética Bávara. La primera experiencia colectivista en la Europa occidental e industrializada terminará en medio de una sangrienta represión.

der inaugurará el **ventenio**, durante el cual se procederá a desmontar el tinglado de la moribunda y corrompida democracia del **Risorgimento**, que será sustituida por una dictadura personal con grandes ribetes de paternalismo autoritario. En los meses que siguieron a la terminación de la guerra, las agitaciones revolucionarias se extendieron a la casi totalidad de los países del continente, incluso a sistemas tan estables como Suiza y Holanda. La reacción de los gobiernos burgueses dependió en cada caso de la magnitud de los movimientos, pero creó entre la población un temor a la izquierda que tendría como consecuencias las posiciones autoritarias que aparecerían en los años posteriores, incluso dentro de los regímenes democráticos que

nunca estuvieron de forma cierta amenazados por la revolución. 1919 será el año que verá el fin del peligro revolucionario en Europa. Para entonces ya estarán prácticamente sentadas las bases de otro movimiento general: la reacción se instalará en el continente con ánimo de sobrevivir mil años.

### **LAS NUEVAS NACIONALIDADES: EL IMPERIO RUSO**

En los primeros días del año 1918, el presidente norteamericano Wilson expone sus célebres **Catorce puntos**, entre los que destaca el derecho a la autodeterminación de los pueblos oprimidos. Siguiendo esta idea, el final de la guerra hará posible la independencia de una serie de nacionalidades que se mantenían bajo el dominio extranje-



En la Italia convulsa de la inmediata postguerra, Benito Mussolini comienza a aglutinar los grupos de lucha antidemocrática. (Fotografía de Mussolini joven).

ro, sojuzgadas por los sistemas imperiales de Rusia y de Austria-Hungría. En el mes de marzo de 1917, cuando la primera revolución rusa arroja del poder a Nicolás II y lleva al Gobierno provisional a los partidos socialdemócratas y burgueses, la primera nacionalidad incluida hasta entonces dentro del sistema imperial zarista que obtiene un reconocimiento a su propia autodeterminación es Finlandia. Los representantes de las legítimas tradiciones políticas de Finlandia obtienen del Gobierno revolucionario la garantía de una completa independencia, y en diciembre de ese mismo año de 1917, los bolcheviques en el poder reconocen la independencia total de Finlandia como Estado soberano. Entre enero y mayo de 1918 estalla la guerra civil. El **Consejo Popular**, constituido por los bolcheviques finlandeses tras la

declaración de independencia efectuada ante la debilidad del Gobierno de Moscú, se enfrenta al Ejército blanco, comandado por el general —y más tarde mariscal— Gustav Mannerheim, apoyado por unidades alemanas. Los **rojos** dominan en los primeros momentos las zonas más ricas y pobladas del sur del país, incluyendo a Helsinki, la capital. El bando conservador, por su parte, controla los distritos agrarios y carentes de industria de ninguna clase. Pero la mayor potencia de la ayuda que recibe Mannerheim le permite reconquistar en unas semanas la totalidad del país, emprender una feroz represión contra sus vencidos oponentes, e instalarse en el antiguo palacio ducal de Helsinki como Regente hasta la proclamación de la República en julio de 1919. La presencia del mariscal no se apartará de la vida pública finlandesa durante las siguientes décadas, y debido precisamente a

esta influencia personal, Finlandia será un fiel aliado de las potencias dictatoriales durante los años de entreguerras. Las pretensiones que siempre mantuvo la Unión Soviética sobre Finlandia obligan a ésta a estrechar sus relaciones con Alemania, que utilizará a Finlandia como un amortiguador eficaz en sus roces con el peligroso oponente del Este.

Noviembre de 1918 contempla también la proclamación de la República en Polonia. El **Comité Nacional Polaco** había comenzado a funcionar en París a raíz de la revolución rusa de marzo. Constituido sobre esta base un Consejo de Regencia, todas las fuerzas polacas intentan obtener la independencia para su país, tras una oscura historia de sucesivos repartos y depredaciones. Así, en el mismo mes en que finalizan las hostilidades, la clandestinidad polaca sale a la luz perfectamente organizada y encamina al país hacia la independencia. Los nuevos dirigentes de Petrogrado nada pueden hacer contra los independentistas polacos que no hacen más que cumplir con el ideario de Wilson, jefe moral de los aliados. La República de Polonia, encabezada por el general Pilsudski, de carácter personal totalmente antidemocrático, será la fuerza de choque que utilicen las potencias occidentales cuando decidan establecer un **cordón sanitario** en torno a la Rusia soviética para evitar que se propague la ideología marxista y la peste revolucionaria por Europa. La **Cruzada** que el mariscal Foch pretendía que se llevase a cabo en contra del Gobierno bolchevique, conducirá a fuerzas francesas e inglesas al mar Negro y al Báltico. Los japoneses desembarcarán en el Extremo Oriente, los checoslovacos ocuparán grandes zonas de Siberia, y los polacos, deseosos de obtener sustanciosos beneficios territoriales sobre el suelo

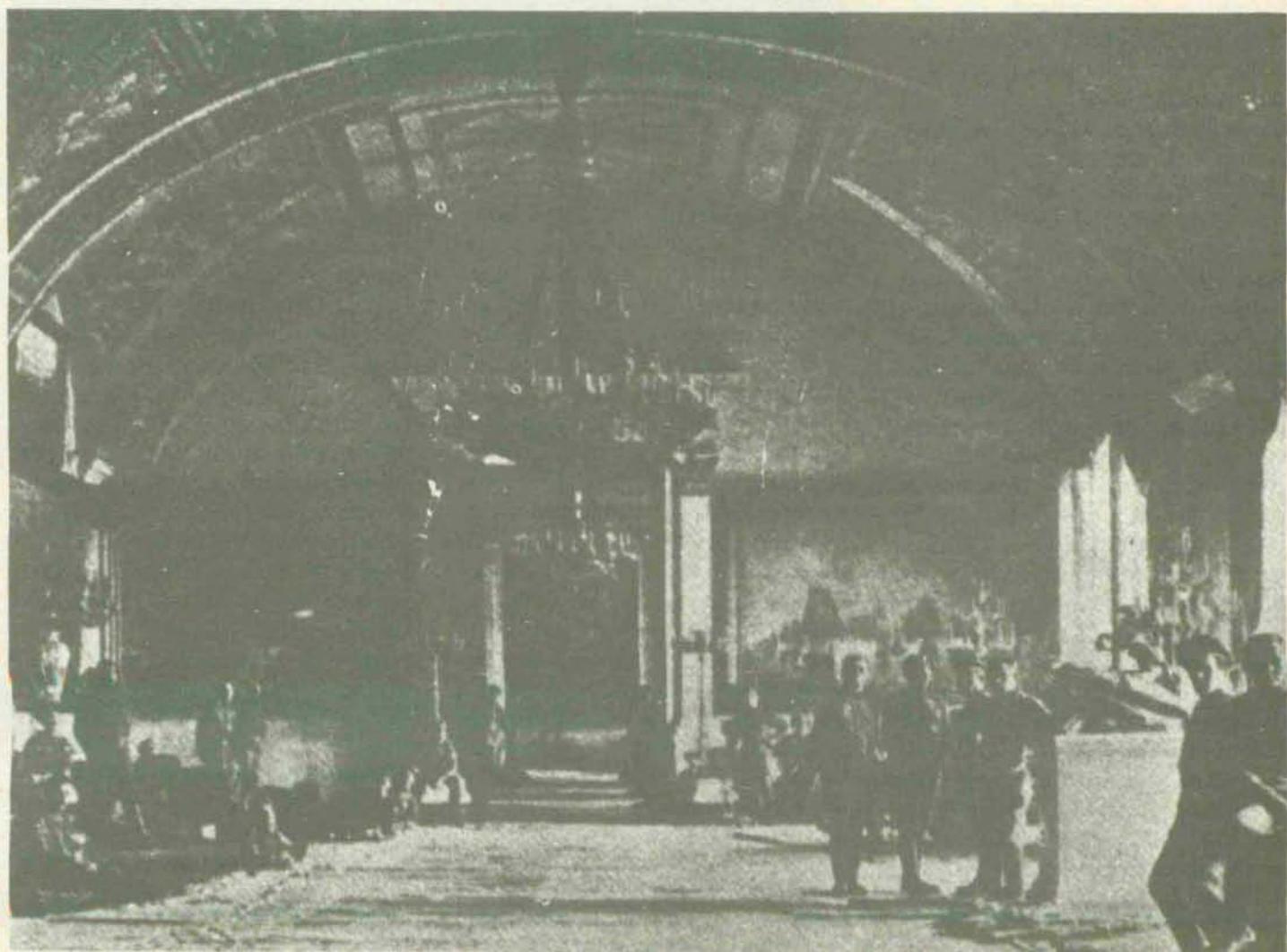
de Ucrania, que históricamente había pertenecido a Polonia, se lanzarán a esta especie de **Santa Alianza** que no consigue derribar al régimen bolchevique debido precisamente a la falta de organización de que adoleció esta contrarrevolución internacional.

Entre las nacionalidades que hasta el triunfo de la revolución bolchevique habían formado parte del Imperio ruso se diferencian así claramente dos posiciones opuestas entre sí. Frente al éxito de la revolución en la Rusia propiamente dicha, éxito como hemos visto debido a los defectos de sus oponentes más que a la fuerza de los bolcheviques, como el propio Lenin reconocería más tarde, la reacción más clásica toma

asiento en Helsinki y Varsovia, y sus más conspicuos exponentes, Mannerheim y Pilsudski, son los tradicionales militares conservadores, bonapartistas cuando se presenta la ocasión, partidarios de los Gobiernos reaccionarios y modelos para demasiados imitadores que en los años siguientes proliferarán en el continente. Los tres Estados Bálticos, Estonia, Letonia y Lituania, que también obtienen su independencia en 1918, como consecuencia del pacto de Brest-Litovsk, encontrarán enseguida a sus respectivos dictadores, que se arrimarán a Alemania en un vano intento de defenderse de su enorme y voraz vecino soviético, pero que no podrán impedir su inevitable absorción dentro del territorio de la Rusia revolucionaria.

## EL HUNDIMIENTO DEL IMPERIO AUSTRO-HUNGARO

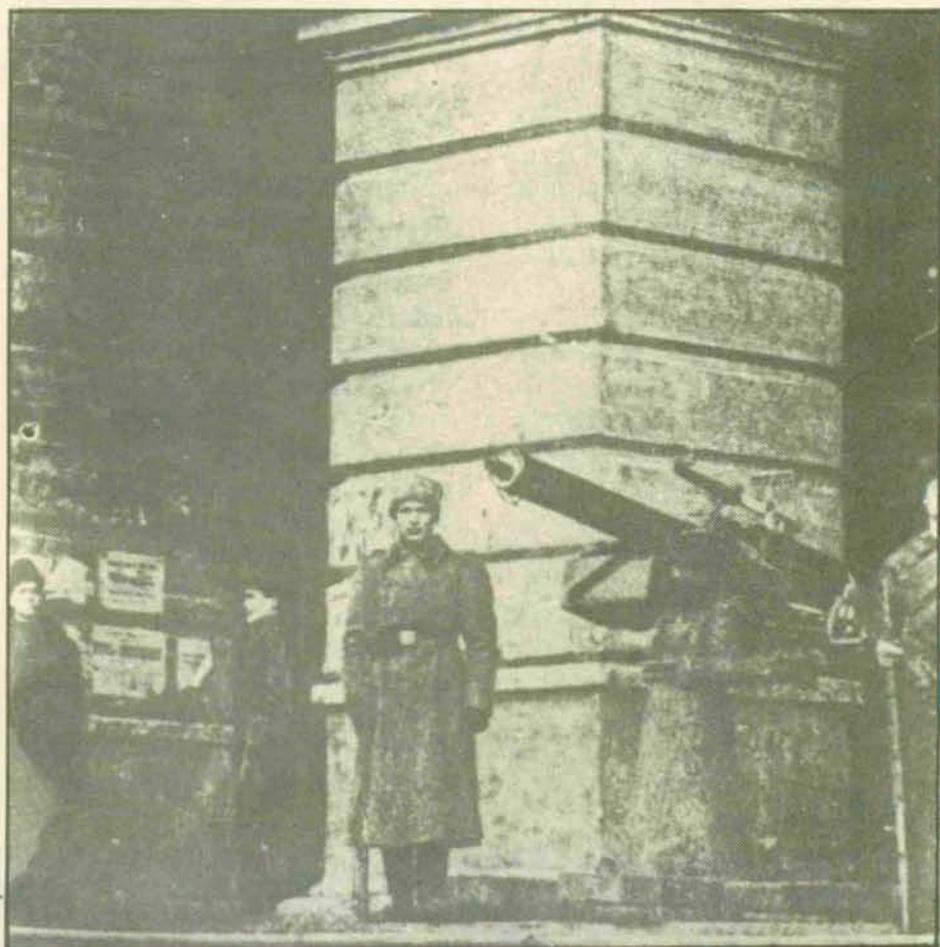
Un día 3 de noviembre de 1918, el Imperio Austro-húngaro firma el armisticio con las potencias aliadas. El agotamiento del régimen ya no puede ser mayor. Una semana más tarde, el día 11, la revolución estalla en las calles de Viena, llenas a rebosar de soldados hambrientos que regresan desesperados del frente y que terminan por hacer causa común con los millares de obreros del cinturón industrial de la capital, en plena agitación revolucionaria. Ya el día 24 de octubre, en Budapest, grupos de amotinados habían entrado en el parlamento húngaro y habían obligado a aban-



Desde los primeros momentos de la Revolución de Febrero se hizo evidente la precariedad del Gobierno Provisional, encabezado por el socialdemócrata Kerenski. (En la fotografía, los «júnkers» custodian el Palacio de Invierno durante una reunión del Gobierno Provisional).

donar la Cámara al representante del poder central de los Habsburgo. Budapest se adelanta así a la efervescencia revolucionaria de Viena, añadiendo además una nota decisiva, y es que a las exigencias de los trabajadores húngaros en materia social y laboral se suman los ímpetus independentistas de la exigua pero fundamental clase media urbana. Así, mientras que en Budapest, el conde Karolyi, representante de la aristocracia liberal en el reducto medieval que era Hungría, se hace cargo del Gobierno mientras se decide de forma definitiva la separación de Hungría del Imperio dual, el Parlamento austriaco, reunido en Viena, y dominado por socialdemócratas y socialcristianos, debe decidir sobre la naturaleza del Estado que surja de la guerra. Incluso los mismos socialistas no exigen directamente la retirada del emperador y la proclamación de una República, debido al tradicional respeto que siempre habían mantenido hacia la institución monárquica. Será en las calles donde el pueblo decida el cambio de régimen. Las turbas se hacen con el poder en Viena y amenazan el palacio de Schombrunn. La familia real marcha al exilio y ese mismo día 11 se proclama la República. Millares de personas rodean el edificio del Parlamento, en la Ringstrasse, en cuyo interior el partido socialdemócrata, encabezado por su líder Karl Renner, se hace cargo del poder a la espera de la redacción de una Constitución acorde con la nueva situación.

La República ha sido proclamada en Budapest la víspera. El fuerte movimiento nacionalista y de izquierda da en esos momentos una mayor virulencia a los sucesos húngaros que a los austriacos, en los que el movimiento revolucionario tiene un carácter más académico se podría decir, y por tanto, más lejado del apasionamiento ma-



giar. En Budapest, el conde Karolyi se erige como jefe del ejecutivo en un sistema mixto y extraño, mezcla de República burguesa y de monarquía arcaica. El poder supremo sigue perteneciendo al rey, pero Carlos de Habsburgo nunca podrá volver a reinar en Hungría. El ambiguo cargo de regente constituirá hasta 1944 la suprema autoridad del Estado. Monarquía sin rey, Hungría mantendrá su carácter anacrónico en una Europa en movimiento, y los primeros fervores revolucionarios se verán pronto saciados por la obtención de la independencia y por la emisión de vagas promesas nunca cumplidas de reformas sociales.

La revolución austriaca nunca adquirió tintes tan preocupantes como la alemana, que se estaba desarrollando al mismo tiempo. El proletariado austriaco era fuerte y estaba bien organizado en sindicatos socialdemócratas. Como advirtió

el propio Trotsky durante una estancia en el país, «la población trabajadora de Viena no es muy revolucionaria. Los obreros se manifiestan pacíficamente mandados por Vickyor Adler, Otto Bauer y Karl Renner, que son sensatos y civilizados intelectuales vieneses». Lo que restó violencia a los acontecimientos de noviembre fue, al contrario que en Alemania, el insignificante papel que jugaron los comunistas, que constituían una mínima parte del proletariado. Como señala Nolte, la izquierda, unida en la socialdemocracia, colaboró activamente en la reconstrucción del Estado y no se dieron enfrentamientos similares a los producidos en Alemania entre el Gobierno y el poder obrero, dirigido e inspirado en alto grado por las organizaciones comunistas de extrema izquierda. La socialdemocracia austriaca, hasta cierto punto y también al contrario que la alemana, acostumbra a los usos de poder y



(A la izquierda, guardias rojos vigilan la entrada del Instituto Smolny, sede del Estado Mayor revolucionario. A la derecha, tropas insurreccionadas patrullan las calles de Petrogrado).

teniendo líderes de prestigio mundial como Otto Bauer, era decididamente antibolchevique, y así el peligro experimentado por Alemania de convertirse en una nueva versión de la Rusia bolchevique nunca existió en Austria, en donde tras las elecciones legislativas el desarrollo de la vida del país fue normalizándose a pesar del tremendo descalabro económico que supuso la disgregación del Imperio. Una tendencia autoritaria inclinada hacia la derecha por parte del poder iría, sin embargo, creciendo hasta alcanzar su punto culminante en el austrofascismo del canciller Dollfuss (1).

Hungría, por su parte, no dejará de conocer vicisitudes, que en los meses del verano de 1919 harán posible la vida de una efímera República Soviética, rápidamente muerta a manos de la reacción. El almirante

(1) Ver *Requiem por Austria*, en *TIEMPO DE HISTORIA*, N.º 41, de abril de 1978.

Horthy, que ocupará el cargo de Regente hasta 1944, determinará la política del país, apoyado por las tres fuerzas tradicionales: la aristocracia terrateniente, la Iglesia católica y el Ejército conservador, heredero de las tradiciones de los emperadores Habsburgo.

### CHECOSLOVAQUIA Y YUGOSLAVIA

El día 18 de octubre de 1918, cuando las fuerzas militares del Imperio Austro-húngaro, gobernado por el débil e inexperto Carlos II, pierden rápidamente posiciones ante el empuje aliado, los representantes de los pueblos checo y eslovaco llegan a un acuerdo mutuamente satisfactorio y deciden proclamar la independencia, que ya había sido anunciada con anterioridad por su padre moral, Tomás Masaryk. Este había obtenido además de los aliados el trato de Checoslovaquia como beligerante a su favor, lo que la eximi-

ría de cargar con las pesadas reparaciones que al final de la guerra serían impuestas a los países perdedores en el conflicto. Un Gobierno provisional formado en París sitúa a Tomás Masaryk al frente del Estado checoslovaco, mientras que Eduard Benes, que protagonizaría las horas más negras de la Historia de su país, es nombrado ministro de Asuntos Exteriores. El día 28 de octubre, casi dos semanas antes de la firma del armisticio, la independencia es proclamada en Praga. Las fuerzas austriacas estacionadas en el país lo abandonan pacíficamente. El día 14 de noviembre, la Asamblea Nacional proclama la República. Checoslovaquia ha nacido. El país que va a mantener en pie los principios democráticos que hicieron posible su nacimiento como Estado soberano comienza su vida independiente y libre, que se extenderá a lo largo de veinte años, hasta que Hitler decida que ha llegado el momento de hacerlo desaparecer (2).

Los pueblos eslavos del sur, en uno de los cuales —Croacia— prendió la chispa que encendió la guerra en el verano de 1914, había sido durante el conflicto una de las zonas más castigadas por la guerra. La miseria en la que se desenvolvía la vida de sus poblaciones aumentó durante los cuatro años de lucha hasta dejar casi completamente exhausta a la población civil y al ejército. Durante el verano de 1917, el Gobierno serbio, exiliado, junto con la familia real en la isla griega de Corfú, emite una declaración en la que se afirma la unidad de serbios,

(2) Ver *El Pacto de Munich*, en *TIEMPO DE HISTORIA*, N.º 46, de septiembre de 1978, y *Checoslovaquia, la guerra y la paz*, en *TIEMPO DE HISTORIA*, N.º 48, de noviembre de 1978.



León Trotski, creador del Ejército Rojo, ante su tren blindado, en los días de la guerra civil.

croatas y eslovenos, así como su intención de formar, tras el cese de las hostilidades, un sistema monárquico, democrático y parlamentario. Será el primer ejemplo de un Reino federativo, gobernado por la dinastía serbia de los Karageorgevitch. El día 9 de noviembre de 1918, Austria admite pacíficamente la formación del Estado yugoslavo, efectuada en la ciudad de Zagreb por el Consejo Nacional. En el Reino de los serbios, croatas y eslovenos, será Serbia, apoyada por los aliados, al lado de los cuales ha luchado en la guerra, el aglutinante de todos los demás componentes, cumpliendo así el papel histórico que a muchos reinos y regiones les correspondió en distintas épocas llegado el momento de las formaciones de una unidad nacional. Y la hegemonía serbia, ejercida desde el primer momento en detrimento de las demás regiones, contribuirá a debilitar gradualmente al precario Reino, edificado sobre una montaña de contradicciones. En el caso yugoslavo, el autoritarismo de los años treinta no va a provenir de la figura de un militar reaccionario. La dictadura va a ser ejercida directamente por el rey, que mediante un golpe de estado pondrá a los partidos en la ilegalidad y entrará a gobernar directamente siguiendo los usos clásicos de las dictaduras de la época.

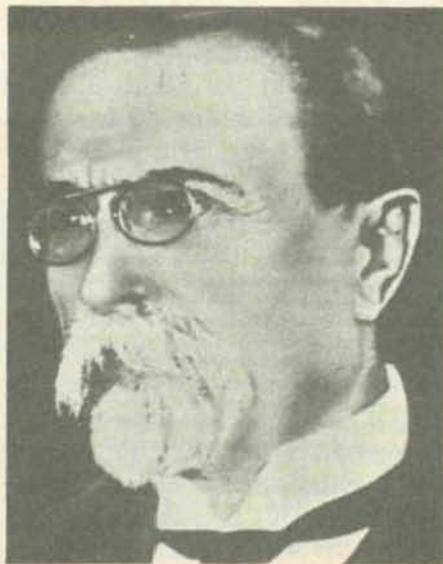
#### **UNA REFERENCIA DE RUMANIA**

Tras la firma de los tratados de Versalles y Saint Germain, Rumanía obtiene toda la Transilvania húngara, que por sí sola supone una extensión muy superior al total de la extensión territorial a que ha quedado reducida la nueva Hungría. En 1916, Rumanía había declarado la guerra a los Imperios centrales y se había unido a la Entente esperando así obtener

al final de las hostilidades los territorios que históricamente reclamaba a Hungría. El día 11 de diciembre de 1918, los diputados rumanos, reunidos en la Gran Asamblea de Alba Iulia, deciden la incorporación de la región transilvana al Reino de Rumanía, alcanzándose así la culminación de las aspiraciones expansionistas de los dirigentes de los principados del Danubio, que en las primeras décadas del siglo XIX se fusionaron para crear la nación rumana. Las continuas querellas entre Hungría y Rumanía sobre la posesión de Transilvania alcanzarían durante las décadas de los años treinta y cuarenta sus momentos de mayor apogeo, que serían aprovechados por Hitler para manejar a su antojo a los Gobiernos de Bucarest y Budapest, encabezados respectivamente por Antonescu y Horthy, ciertamente afines ideológicamente, pero enfrentados en razón de su patriotismo. Todavía hoy, las reivindicaciones húngaras sobre Transilvania subsisten y son motivo de fricción entre los dos países, que a pesar de hallarse incluidos dentro del mismo campo político-económico, se hallan separados profundamente por la cuestión transilvana (3).

### UNA CAUSA Y UNOS EFECTOS

La disgregación de los dos grandes imperios, el ruso y el austrohúngaro, ya que el territorio del alemán quedó prácticamente intanto, supone el primer gran vuelco en la situación europea desde la época de los reajustes del continente a manos de Bonaparte. Si bien es cierto que la monarquía austríaca era opresora de los pueblos balcánicos y danubianos, la creación de los nuevos y pequeños países, consagrada en



La imagen de Tomás Masaryk simboliza la de tantas personalidades europeas que ayudaron a la independencia de sus respectivos países tras la desaparición de los grandes Imperios autocráticos. (En la fotografía, el doctor Masaryk en la época de la proclamación de la independencia de Checoslovaquia).

los tratados de Saint Germain, constituye la base para el debilitamiento de la zona central de Europa. La solución de una federación igualitaria y democrática de los pueblos componentes de la doble monarquía no aparece desde la perspectiva de hoy tan descabellada como pareció serlo en el momento histórico en que fue propuesta. Los proyectos de conversión de las pequeñas Repúblicas y Monarquías en Estados democráticos de derecho fue frustrándose progresivamente con gran rapidez durante los primeros años de la falsa paz, excepto en el modélico y, por tanto, extraño caso de Checoslovaquia, cuyo elevado nivel general no admitía comparación con el del resto de los países que la rodeaban. El parlamentarismo, la división de poderes y los demás usos democráticos, resumidos por el voto universal y copiados de las democracias occidentales, fallarán en los nuevos países, que acabarán convirtiéndose ineludiblemente en dictaduras reaccionarias. En todos los casos, estos pequeños países fueron los primeros objetivos del expansionismo alemán, y cayeron como presas fáciles bajo la

fuerza de Hitler. La existencia en 1938 de un Estado fuerte que rodease por el sur y el este a Alemania, hubiera dado un eficaz y definitivo frenazo al imperialismo nazi. Nunca es indicado ni posible hacer suposiciones históricas, pero una federación que incluyese las potencias particulares de los nuevos Estados surgidos tras la terminación de la guerra, hubiese podido ofrecer a Hitler una oposición insalvable y no es difícil afirmar que la Historia hubiera corrido por otros cauces bien diferentes de los conocidos. La falta de preparación política de los nuevos países hace, pues, que pasados pocos años desde la proclamación de su independencia sus dirigentes se vayan inclinando hacia posturas autoritarias fomentadas por Berlín, y, así, unos se integrarán más o menos voluntariamente dentro del Reich, como Austria; otros sucumbirán por la fuerza, como Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia; y otros, finalmente, mantendrán ideológicamente posiciones afines con el Tercer Reich, como Finlandia, Hungría y Rumanía. La segunda Guerra Mundial comenzó a prepararse ya al día siguiente del armisticio. Veinte años serán más que suficientes para efectuar el rearme y fortalecimiento de una Alemania deseosa de revancha, mientras en el interior de todos estos nuevos, débiles e inexpertos países, la doctrina nacionalsocialista, en cualquiera de sus múltiples variedades, comienza a hacer su efecto entre amplias capas de su población. Los políticos occidentales parecen no darse cuenta de ello e imaginan la posibilidad cierta de que el entendimiento entre los países por medio de tratados será suficiente para calmar los apetitos de una Alemania cuyas fronteras le resultan ya demasiado estrechas y necesita extenderse más allá de sus límites.

(3) Ver *Fascismo en Rumanía, 1927-1944*, en *TIEMPO DE HISTORIA*, N.º 44, de julio de 1978.

## LA ERA DE LOS TRATADOS

El día 18 de enero de 1919, en el palacio de Versalles, Clemenceau, presidente de la República Francesa, preside la apertura de la Conferencia de Paz que ha de elaborar el tratado regulador de las relaciones entre vencedores y vencidos. Participan en la redacción veintisiete países pertenecientes al sector que ha obtenido la victoria. Alemania no envía representantes, ya que únicamente ha de aceptar lo que decida la asamblea internacional. Tras una larga serie de presiones y forcejeos debidos a las negativas alemanas a acceder a las duras condiciones estipuladas en el tratado, el Gobierno de Berlín accede a firmar la conformidad con el tratado el día 28 de junio de ese mismo año. A lo largo de los cuatrocientos cuarenta artículos de que consta el tratado denominado «de Versalles», la nueva República Alemana admite pérdidas territoriales —aunque no en una proporción importante—, la renuncia a su imperio colonial, el desmantelamiento de su ejército y la prohibición de rearme, el pago de grandes reparaciones económicas, y, finalmente, la humillante servidumbre de soportar un control francés sobre el Sarre, la parte más industrial del territorio alemán.

Pero serán los países sucesores del desaparecido Imperio Austro-húngaro los que reciban los más duros golpes por parte de los vencedores. A pesar de la evidente voluntad del depuesto Carlos de Habsburgo de intentar conseguir una paz por separado con los aliados ya un año antes del fin de la guerra, Austria va a ser la víctima propiciatoria del momento. El día 10 de septiembre de 1919, los países occidentales firman en Saint Germain-en-Laye el tratado de paz con Austria, que ha que-

dado reducida a un mísero jirón de sus antiguas posesiones. Las cesiones territoriales a Italia y el reconocimiento de las independencias de Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia y Polonia convierten a la República Austriaca en uno de los últimos países del continente en cuanto a importancia real. Así, la impuesta reducción de sus fuerzas armadas no es más que ironía legal. Incluso las aspiraciones austriacas de integrarse en la República alemana son abortadas expresamente en el tratado de Saint Germain. Austria vivirá a duras penas dentro de su insignificancia durante veinte años hasta que sea unida a la Alemania nacionalsocialista en marzo de 1938. Hungría también considerada **enemiga** por los aliados, debe pagar también el tributo a quienes ahora dictan la política en Europa. Y es Hungría, todavía más que Austria, quien habrá de soportar los desmembramientos más atroces. Al entregar Eslovaquia, Transilvania, Croacia y Eslovenia, a los nuevos países que la rodean, Hungría perderá más del sesenta por ciento de su territorio original. El 4 de junio de 1920, el tratado de Trianón consagrará para siempre el sentimiento irredento de los despojados húngaros. Sevrés y Neully serán, a su vez, los escenarios de la firma de los tratados impuestos a Bulgaria y Turquía. El caduco Imperio Otomano había sido hasta 1914 uno de los cuatro grandes armazones autocráticos establecidos sobre territorio europeo. Ahora, con el final de la guerra, Turquía quedará reducida a la Península de Anatolia y al territorio que circunda a la ciudad de Estambul, y habrá de soportar además la carga de la internacionalización de los estrechos. También Turquía, tras 1918, ha dejado de ser árbitro de la política para convertirse en una potencia de segunda categoría.

La cuestión de las reparaciones alemanas será durante largos años materia de discusión en el centro de la política europea, y caballo de batalla de las ideologías reaccionarias en el interior del país, que acusaban al Gobierno socialdemócrata de vergonzoso entreguismo a las democracias. La finalización del tema como materia de discusión no tendrá lugar hasta la celebración de la conferencia de Lausana, que tiene lugar ya en el año 1932, solamente unos meses antes de la llegada de Hitler al poder.

Los catorce puntos del presidente Wilson van a ser la base para la **paz** que se prepara en los tratados elaborados en los palacios de los alrededores de París. El derecho a la propia determinación de los pueblos y la decisión de crear un organismo internacional que evite la repetición de horrores como el recientemente terminado llevan a la creación de la Sociedad de Naciones. Establecida como un anexo al tratado de Versalles, la nueva organización nace bajo el patrocinio del propio Wilson, del presidente de la República Francesa Clemenceau, y de los jefes de Gobierno de la Gran Bretaña, Lloyd George, y de Italia, Orlando. La Sociedad de Naciones va a ser un organismo eminentemente europeo, ya que los Estados Unidos, de donde había partido la idea de su creación, nunca formarían parte de él, volviendo a su aislamiento ultramarino tras haber precipitado y facilitado la victoria de las democracias sobre los sistemas autoritarios de Europa central. Tampoco la Unión Soviética, enzarzada en una cruenta guerra civil con intervención extranjera, forma parte de la Sociedad. Y China, el gran gigante todavía incógnito en Occidente, es olvidada en el momento de la construcción de **un supuesto nuevo mundo**. La Sociedad de Naciones, cuyo pleno funcionamiento co-

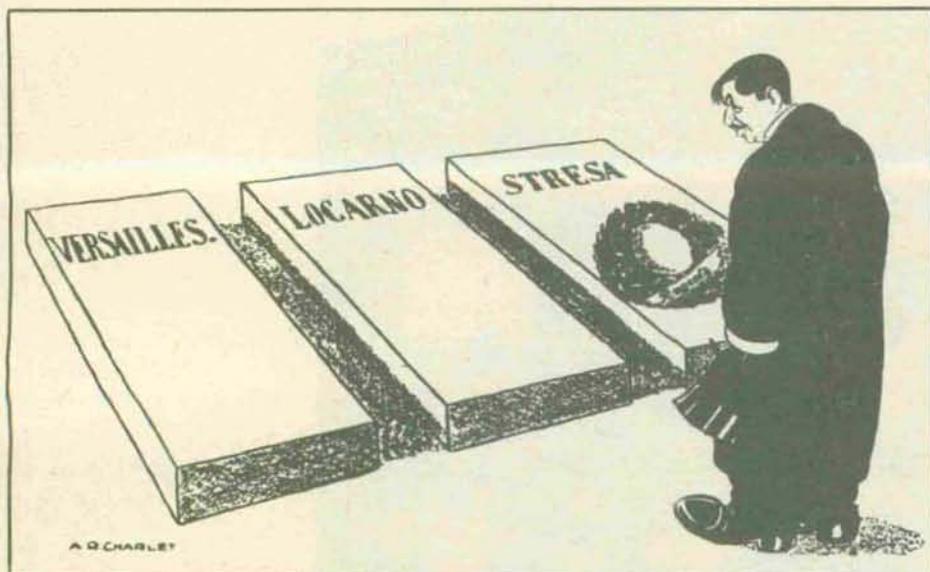


La firma del armisticio que pone fin a la Primera Guerra Mundial puede ser considerada como el primero de los Tratados que jalonarán los veinte años de insegura paz que comienza en noviembre de 1918. (En primer plano, el mariscal Foch; en segundo término de la fotografía, el general Weygand).

mienza en enero de 1920 en la ciudad suiza de Ginebra, nace así mutilada y con el gravamen moral de haber sido alumbrada por los vencedores y atada durante toda su existencia al tratado de paz que condenaba a la humillación a Alemania, el más potente país del continente. Así no puede extrañar el rechazo que hacia la Sociedad se extendía entre la mayor parte de la población de los países perjudicados por la guerra. También los políticos autoritarios, que durante los siguientes años van a proliferar en casi todos los países del continente, van a sentir un rechazo instintivo hacia esta organización que, a pesar de sus graves defectos, no podía dejar de reflejar un espíritu de-

mocrático dentro de un mundo que había comenzado a hundirse en la oscuridad del autoritarismo. Cada uno en su momento, Hitler, Mussolini, e incluso, el general Primo de Rivera, retirarán a sus países de la Sociedad de Naciones aduciendo justificaciones que nunca contaron con el aval de sus pueblos que, naturalmente, nunca serían consultados sobre el tema. Como telón de fondo de la época de los tratados, esos veinte años que parecieron de paz y que no fueron más que una guerra largamente contenida, la Sociedad de Naciones habrán de perecer cuando el territorio suizo sea el único en quedar libre de la ocupación alemana, demostrando así su

completa inutilidad y lo innecesario de su existencia en un momento en que ya no existen Estados soberanos, sino pueblos sometidos y humillados. Eduard Benes ya había pronosticado veinte años antes, que la Sociedad de Naciones evitaría pequeñas guerras, pero que el estallido de una guerra grande terminaría por destruir a la propia organización. Los acontecimientos habían de darle plenamente la razón. Los movimientos de la política europea durante los cuatro lustros que median entre las dos guerras mundiales vienen determinados por la posición de Alemania dentro del conjunto de sistemas políticos del continente europeo. Las repetidas



Los sucesivos Acuerdos y Tratados celebrados entre los Gobiernos europeos con el fin de apuntalar un equilibrio cada vez más inestable no conseguirán evitar la catástrofe de otra guerra de proporciones gigantescas. (En el grabado, una caricatura de la época, representando a Pierre Laval, la inutilidad de los Tratados era ya evidente en el mismo momento en que tenían lugar).

promesas de paz y de renuncia definitiva a la guerra como medio de solución de conflictos, que se sucedieron durante todo ese tiempo no pueden hoy más que despertar una irónica sonrisa. Los pactos de Birand-Kellog, entre Francia y Alemania no significaron en realidad más que una tregua entre un país vencedor, pero arruinado como era Francia y un país vencido, pero potente y deseoso de recuperar el puesto que por derecho le correspondía. Los tratados de Rapallo, celebrados en 1922 entre la Unión Soviética y la Alemania de Weimar no pudieron por menos que inquietar a las potencias occidentales, temerosas de una alianza entre los dos regímenes. El espaldarazo que para los dos sistemas suponía el tener el apoyo de otra gran potencia hace que las democracias insistan en atar a la renacida Alemania al campo occidental y así, en 1925, la colección de los pactos de Locarno vendrá a significar la definitiva entrada de Alemania en la política europea. La República Alemana se liga por tratados a los países de democracia burguesa, a los que estos compromisos vienen a tranquilizar en cierta forma, pero no del

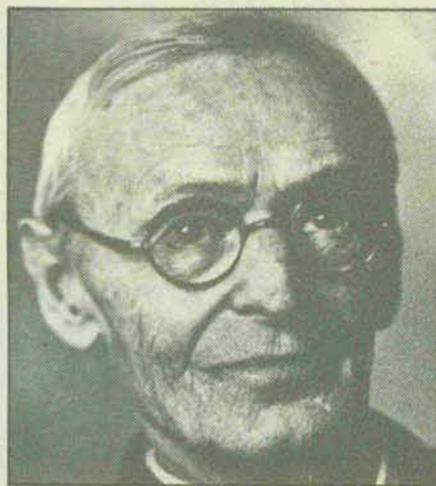
todo. El temor a una colaboración entre Alemania y la Unión Soviética nunca dejará de estar presente en Europa, hasta culminar, justificando plenamente todos estos temores, en la firma del tratado germano-soviético, de agosto de 1939, que venía a tener como efecto inmediato la partición de Polonia y la entrada en la órbita soviética de Finlandia y los Estados bálticos. En un plano ideológico, el pacto vino a tener graves consecuencias para el movimiento comunista internacional, muchos de cuyos componentes nunca pudieron aceptar la existencia de concordancias entre el régimen estalinista y su opositor nazi. La validez del tratado dependió, como se vio a la larga, de la voluntad del dictador alemán. La era de los tratados, que podría establecer su nacimiento con el pacto de Brest-Litovsk, establecido entre un Imperio moribundo y una revolución triunfante pero precaria, se cierra con otro pacto celebrado entre los mismos protagonistas, rusos y alemanes, representados ahora por dos fuertes dictaduras, cuyos posterior enfrentamiento decidiría los rumbos de la Historia de Europa.

## VEINTE AÑOS DE ESPERA

La etapa histórica que se ha venido a denominar «Era de los tratados» está determinada desde un punto de vista sociológico por una inmovilización mental localizada en las capas más favorecidas de la sociedad: la aristocracia y la nueva burguesía en ascenso, enfrentadas cada vez más con la concienciación que tiene lugar entre los componentes de los sectores del trabajo. Los veinte años que median entre los dos conflictos generales no viene a ser más que un periodo de exacerbación de los enfrentamientos y las contradicciones de la sociedad burguesa instalada en el poder. Dormido en el pasado el sector dominante, como si la primera Guerra Mundial no hubiese sido más que una de tantas guerras locales como las que habían jalonado la Historia de Europa, el sector opuesto, que va adquiriendo creciente fuerza, espera la llegada del momento en que espera hacerse cargo del protagonismo político en los países capitalistas. Pero cuando el choque sea inevitable, las clases trabajadoras serán las grandes perdedoras. Los niveles dominantes han sabido atrincherarse en sus privilegios y rodearse de una serie de protecciones que les harán prácticamente invulnerables, y la clase obrera será de nuevo aplastada y reducida al silencio del trabajo. Los países europeos durante las décadas de los treinta y cuarenta contará siempre con los mecanismos necesarios para que el orden burgués no degenerare hacia un sistema con influencia de la izquierda, sino todo lo contrario. Cualquier pequeño temor del grupo dirigente con respecto a un acceso, por parcial que sea, de las clases trabajadoras hasta los centros de decisión será respondido con un empujón hacia posturas autoritarias de dere-

cha. Así podría decirse que paradójicamente, a una mayor concienciación y organización del mundo del trabajo, lo que podría parecer que le empujaba hacia el poder, se produce un mayor deslizamiento de los sistemas originalmente democráticos hacia posiciones netamente reaccionarias. Las acciones de los revolucionarios alemanes y la implantación de la República soviética en Baviera van a decidir en gran manera la llegada al poder de los grupos nazis. En Italia, el esfuerzo unido de los obreros y los campesinos a raíz de la terminación de la guerra no va a tener otra consecuencia que el asalto al poder por Mussolini y sus seguidores. Dentro de España, el éxito aparente que pareció haber tenido la convocatoria y celebración de la huelga general revolucionaria de 1917, llevó al país hacia la dictadura de Primo de Rivera. Reacciones similares se producen en todos los demás casos cuando la fuerza del movimiento obrero parece amenazar la existencia del Estado establecido. Y Europa soportará la etapa de las dictaduras, a la espera del nuevo conflicto general. La ideología fascista en el poder es la meta siempre deseada por tantos pequeños **duces** que por esos años aparecen como salvadores de sus países y que de forma efectiva no actúan más que como meros agentes de las clases dominantes, que a veces creen ver tambalearse su poder y acuden al apoyo que les prestan las bandas armadas que acaban haciéndose dueñas de la calle. De punta a punta del continente, van a ir surgiendo sucesivamente pequeñas figuras reducidas en un primer momento al ámbito local, pero que con los años cobrarán suficiente fuerza dentro de sus propios países hasta llegar a convertirse en pequeños dictadores, más comparables a Mussolini que a Hitler. Serán en la mayor

parte de los casos militares de alta graduación, educados bajo el sistema desaparecido como consecuencia de los simbólicos disparos de Sarajevo, y conseguirán establecer en sus países, desde el Báltico al Mediterráneo, dictaduras creadas a inspiración de la italiana, basadas en la desaparición de los usos democráticos, en proyectos corporativistas como solución político-económica, y cargadas hasta cierto punto de un débil antisemitismo y de una fuerte negativa al protagonismo político de la clase obrera. A finales del año 1918, todos estos personajes y personajillos comienzan a pulular por los edificios gubernamentales y por los cuarteles de Europa a la espera de su oportunidad, que llegará ayudada por las inestabilidades sociales, la crisis económica, los miedos a la revolución y las esperanzas autoritarias. Alemania será el constante miedo y el riesgo de otro enfrentamiento. Tras la terminación de la guerra, los optimistas decidieron que había pasado definitivamente el peligro, pero no advirtieron que un enorme país había quedado atado de pies y manos y que su potencia no tardaría en soltar sus ligaduras. Las ansias de revanchismo, el enorme poder económico de Alemania en medio de una Eu-



Herman Hesse, la conciencia de un espíritu pacifista en medio de una Europa asustada que se deja llevar sin darse cuenta hacia el precipicio...

ropa arruinada, la partición del continente en pequeños trozos casi indefensos, un movimiento obrero fuerte y eficaz respondido con las acciones de los grupos defensores de los grupos privilegiados, la perduración de la ideología conservadora en el seno de los ejércitos, junto al predominio material y mental de las Iglesias, todo esto podía hacer pensar ya desde el primer instante de la pretendida paz en un futuro estallido a un plazo más o menos largo. Pero pocos fueron los que se dieron cuenta de ello, tras haber logrado salir con vida de la anterior catástrofe. Incluso las mentes más claras de Europa esperaron y confiaron en una larga paz, manteniendo, sin embargo, una serie de reservas ante la nueva situación, bien expresadas en estas notas escritas por Hermann Hesse en Suiza tras la firma del tratado de Versalles por la vencida Alemania: «Ahora, Alemania acepta la paz de París. Pese a ello, el mundo no avanzará un solo paso en el camino hacia la tranquilidad. Y Alemania tendrá que aprender ahora, por el camino largo y lento, lo que antes dejó de aprender». Y en otro de sus escritos, que casi puede ser considerado profético, escribe: «Totalmente errónea era, de cualquier forma, la opinión que con tanta frecuencia se oía durante la guerra: que, dadas sus dimensiones y su horrenda y gigantesca mecánica, esta guerra serviría para que las futuras generaciones temieran la reproducción de semejantes conflictos. El temor no es un medio educativo. A quien disfrute matando, la guerra no le quitará las ganas». No serían los sucesores de los antiguos combatientes los que se enzarzaran de nuevo. Los viejos soldados volverían a luchar sobre el suelo de sus países repitiendo una vez más los horrores de la guerra. Parecía como si los hombres no deseasen la paz. ■ J.M.S.M.